

el rey, él recobraba su libertad de acción, negaba su obediencia á las Cortes y se unía á los franceses para restaurar á Fernando. De este modo quiso paliar su traición.

Pero allí estaba su segundo Quiroja y éste pudo sustraer algunos regimientos y encerrarse con ellos en la Coruña, lo que puso tan furioso á Morillo que corrió con los franceses al sitio de aquella ciudad que tuvo que abandonar por fin Quiroja, falto de elementos de defensa, yendo á buscar un refugio en el extranjero, pues ninguna ventaja pudo proporcionarle el general inglés Wilson á quien se había ofrecido por sus compatriotas una legión para auxiliar á España, y quien viéndose engañado acudió sólo con algunos amigos para salvar su honor. Con Quiroja se salvaron igualmente los franceses é italianos que tan generosamente habían querido pelear por la libertad española,—13 de Agosto. Palasca y otros jefes militares que quisieron sostenerse, tuvieron también que ceder ante de los soldados de Bourke y de Morillo.

Organizóse la defensa de Cádiz lo mejor que se pudo, habiéndose encerrado en el Trocadero con mil quinientos hombres el coronel Grases, diputado catalán y antiguo oficial de artillería que declaró desde luego que aquel punto, que la opinión vulgar estimaba como inaccesible no era defendible, pues no tenía fuegos de flanco, lo que sí podían suplir las cañoneras, pero estas no podían acercarse sino en ciertas horas de marea: como el enemigo atacara en ocasión de no poder ser útiles, corrían ellos peligro de verse cortados por la espalda creyendo tener el enemigo enfrente, que es lo que sucedió, pero aún con estas condiciones y «fiando en Dios y en la buena causa,» Grases aceptó aquel puesto de honor y de peligro resuelto á sacrificarse como un valiente.

Riego, viendo que no tenía papel en Cádiz y que lo que convenía era levantar el espíritu público y el de las tropas, pidió y obtuvo autorización para pasar á Málaga y organizar junto con Ballesteros un ejército capaz de infundir recelos á los sitiadores de Cádiz, pues desde el 23 de Junio estaba ya el francés Bordesoulle frente á la ciudad. Salió Riego con algunas fuerzas para Málaga el día 17 de Agosto, y en este mismo día Angulema, que acababa de llegar á Puerto de Santa María, enviaba al rey Fernando VII una carta de su tío manifestándole cuanto deseaba que el rey una vez recobrada su libertad, diera una amnistía general, convocara las antiguas Cortes y diera á su pueblo garantías de orden, administración y buen gobierno. Al mis-

mo tiempo el duque conminaba á las Cortes que pusieran en libertad á Fernando dentro de cinco días, pasado los cuales le libertaría él por la fuerza.

Las Cortes no desmayaron, creíanse seguras en Cádiz cuando ya la escuadra francesa cerraba la bahía, y respondieron el 31 á Angulema como podían. Recuérdese que por este tiempo las Cortes no sabían aún el fin del cuerpo de Morillo, que Mina sostenía con honor la guerra en Cataluña, y que se esperaba de Riego lo que siempre puede esperarse de un hombre de bravura y arrojo tan grandes como era el suyo.

Durante los cinco días que de respiro tuvimos, los ingenieros franceses se hicieron cargo de lo que era el Trocadero, estudiaron como quedaban sus fosos cuando las mareas eran más bajas, en cuya ocasión no había más allá de un metro de agua en ellos, y una vez terminado el plazo abrieron las primeras trincheras,—20 de Agosto,—que llevaron tan aprisa que ya el día 24 se pudo establecer la segunda paralela á cuarenta metros del Canal, abriendo el fuego cinco baterías contra la posición que era la clave de la defensa de Cádiz. Preparado el asalto, éste se dió á las dos de la madrugada del 31 de Agosto que era cuando el canal tenía menos agua, contando con encontrar desprevenidos por otra parte á sus defensores.

Catorce compañías subieron al asalto del Trocadero y entre estos valientes, como diletanti, se encontraban el príncipe de Carignan, Carlos Alberto, el padre de Victor Manuel I rey de Italia. Sorprendida, en efecto, la guarnición del Trocadero, en vez de ceder á la sorpresa se bate con desesperación, hasta el punto de hacer necesario que el príncipe italiano vaya y lleve nuevos batallones de refuerzos con lo que pudo dominar la situación haciendo prisioneros á los soldados y milicianos de Madrid que se batieron hasta ver caer gravemente herido al coronel Grases.

La pobre monarquía borbónica hizo de este triunfo que hace honor á las armas francesas, un hecho de armas comparable solo á los grandes triunfos de Austerlitz, Jena y Wagram, y Chateaubriand fué felicitado en París como no lo fué nunca Talleyrand en los días de Napoleon, si bien es cierto que á Chateaubriand se hacía honor exclusivo de esa guerra «que enseñaba cómo se puede libertar á los reyes de la revolución,» que es lo que decía con amargo dolor la desgraciada hija de Luis XVI, esposa del general en jefe del ejército francés.

Ocupado el Trocadero, ya no se pudo pensar en Cádiz más que de la manera de poner fin á una situa-

ción insostenible y al efecto el general Alava salió el día 4 de Setiembre para el cuartel general del duque de Angulema para abrir negociaciones. Angulema por toda respuesta le dijo al antiguo ayudante de Wellington, que él no negociaría sino con Fernando VII libre, entendiendo por libertad su presencia entre las tropas francesas.

Esta negativa reanimó el coraje de los defensores de Cádiz, pero el 20 de Setiembre se apoderan los franceses del fuerte de San Pedro que les aseguraba el paso del canal, y en efecto, formando allí un puente con sus buques, pudieron pasar los franceses á la isla de Leon. Las murallas de Cádiz iban, pues, á ser el último baluarte de la defensa. En estas condiciones la lucha era imposible, y Calatrava propuso á las Cortes el día 28 de Setiembre que se diera libertad al rey y que se declarasen disueltas; así lo acordaron las Cortes y entonces Fernando discutió y «aprobó de su libre voluntad y bajo la garantía de su real palabra,» el decreto que dió en favor de los comprometidos en el movimiento constitucional, asegurando á todos no solo el olvido de lo pasado, sino prometiendo á todos la conservación de sus puestos y honores,—30 de Setiembre.

No sabemos por qué Gervinius quería hacer creer que Calatrava y sus compañeros se consideraban seguros con este pedazo de papel, cuando él mismo se ve obligado á contar que al salir el rey para Puerto de Santa María acompañado de los generales Alava y Valdes, estos al ver al rey en tierra viraron en redondo sin despedirse siquiera de él, regresando de nuevo á Cádiz, mientras Fernando se desahogaba vociferando las más soeces palabras de su repertorio contra «los que se le escapaban.» Lo que se procuró en Cádiz fué ver de comprometer al rey con el duque de Angulema, de quien se esperaba que hiciera cumplir lo que el rey prometía «de libre voluntad,» pero cuando Angulema fué requerido, se limitó á contestar que él no tenía autoridad para entrometerse entre el rey y sus vasallos.

¿Qué fué de Riego y de su expedición? Riego al llegar á Málaga no podía menos de ensarzarse con Zayas que estaba ahora allí de gobernador. Sus caracteres, su modo diferente de obrar y de entender el honor y el deber militar, eran incompatibles, y Riego, usando de sus facultades discrecionales, prendió á Zayas y lo mandó á Cádiz.

Arrebatado Riego hizo sentir sus rigores á los realistas malagueños, saliendo después para Priego en donde sabía que se había retirado Ballesteros con sus tropas después de su defección negociada por Regato. Riego, sin titubear un momento y por ca-

minos y veredas de travesía, salvando montes y pasos difíciles, se presentó delante de las tropas de Ballesteros, á las que quería arrastrar con su presencia y prestigio, aún cuando no sabía si tendría que combatir las con el puñado de gente que llevaba. Riego no se equivocó. Allí con Ballesteros estaba el regimiento de Asturias, con el que había iniciado el movimiento liberal en Cabezas de San Juan, y allí estaban no pocos de sus antiguos compañeros de armas. En suma, los dos ejércitos se abrazaron, jurándose amistad y volar al auxilio de Cádiz. Este fácil y hermoso triunfo lo hubiera utilizado otro hombre menos bueno y de menos corazón que Riego, para deshacerse de un modo ú otro de Ballesteros; pero Riego, procediendo como un verdadero mentecato, dejó á Ballesteros el mando superior del ejército, sometiéndose él á su autoridad.

Entregáronse las tropas al descanso, que aprovechó Ballesteros para sobornar á las tropas de Riego, haciéndoles ver cuanto más no era de preferir la paz con las condiciones que él había obtenido, que no el empeñarse en una guerra sin salida. La obra de la perfidia, cuando atenta á los instintos de conservación del hombre, halla siempre fácil camino, y Riego, cuando supo de qué acechanzas era víctima, hubo de agradecer que Ballesteros le dejara escapar con los pocos hombres dignos que quisieron compartir su suerte, marchando Riego con el propósito de unirse á Mina. Pero los franceses que no se hallaban lejos y que de seguro fueron avisados, salieron á su encuentro y le dispersaron en Jodar, y al pasar por Arquillos, fugitivo con unos pocos amigos, fué reconocido y preso por la gente del pueblo. Reclamáronle los franceses y se lo entregaron, pero reclamado por la Regencia de Madrid, los franceses lo entregaron á su vez, sabiendo que entregaban un hombre á las bajas venganzas del rey de España, que se cebó en Riego como luégo veremos, cayendo su sangre sobre la cabeza del duque de Angulema que tan poco pudo gozar de triunfo.

La guerra en Cataluña presentó un aspecto parecido á la gran guerra contra Napoleon. No hubo un sitio de Gerona, porque en 1823 Gerona continuaba desmantelada cual la habían dejado los franceses al retirarse, pero hubo encuentros y resistencias parciales que demostraron lo que hubiera podido hacer España de tener pura y simplemente sus soldados jefes como Mina, Milans, Llovera, los San Miguel, etcétera.

Mina, que una vez dejadas las necesarias guarniciones en las plazas fuertes que no podía abandonar, no tenía más allá de nueve mil soldados para

sostener la campaña, á más de algunos cuerpos francos y las milicias que salían de sus ciudades si era necesario, Mina comprendió que no podía aspirar á dar siquiera una sola batalla y que toda su estrategia había de consistir en mantener alejados de la costa á los franceses lo más posible ya que en la costa tenía él sus partidarios.

Organizóse una guerra de guerrillas que fué desesperada, pues tenía que batirse á la vez que con los franceses, con Misas, el barón de Eroles, mosen Antón, etc., cabecillas que reaparecían en Cataluña sedientes de vengar sus derrotas. No todas las operaciones fueron afortunadas, pero todas fueron gloriosas, y Mina pudo vencer á franceses y á los faciosos mandados por Eroles en Vallfogona, pero á

su vez sufrió un descalabro delante de Vich muriendo allí su jefe de Estado mayor Zarroquin que acababa de ser nombrado ministro de la Guerra en el ministerio Calatrava. Hizo Mina, además, una expedición militar á la Cerdaña francesa con tristes resultados, pues sobre no conseguir que se movieran los franceses, las nieves, los ventiscos hicieron que su ejército se desordenara y que Gurrea se extraviara con quinientos hombres, yendo á caer en manos del enemigo. Pero lo peor fué que esta expedición estropeó de tal suerte la salud de Mina, que éste tuvo que ir á encerrarse en Barcelona dejando el campo para sus lugartenientes que le mantuvieron con honra aunque no con los mismos bríos.



Bajo-relieve del monumento de Thaeer, en Berlín (última obra de Rauch)

Luégo vinieron las disensiones, como era natural, pues los que estaban en el campo creían poder juzgar mejor que Mina de lo que podía hacerse, y cuando se resolvían á obedecer era ya las más de las veces tarde.

Así sucedió con las expediciones para libertar á Figueras y socorrer á Lérida, ambas desgraciadas, por haberse perdido tres semanas discutiendo Mina con Milans.

Que Milans podía tener razón al negarse á pedir los tres ó cuatro mil hombres que con San Miguel tenían que ir al socorro de Lérida, es fácil colegirlo del terrible efecto que hubo de causar en Cataluña la defección de un general, de un guerrillero tan reputado como Manso y del general Sarsfield que tanto renombre habían ganado en la guerra de la Independencia, llegando á ser Manso el espanto de los franceses. Manso, como Morillo, tomó pretexto de los sucesos de Cádiz para pasarse al lado de Moncey, pero á Manso no le siguió nadie, su ejército se separó de él con horror, y su propósito de querer entregar á Tarragona quedó frustrado ante la energía de sus autoridades, de la milicia y del ejército. Pero así y todo el daño fué

mucho por lo que quebrantaba la moral del país y del ejército. Milans, que se encargó del mando de la gente de Manso, hubo de sentir este estado de descomposición de la resistencia y de aquí que ni él ni Llovera quisieran ir á Lérida que corría peligro. Cuando San Miguel fué más tarde, los realistas de Aragón le obligaron á regresar á Tarragona.

Si algo dice lo que se hizo en Cataluña, lo dice el que el mariscal Moncey, que ya conocía el país, no había podido en la época de la rendición de Cádiz obtener otras ventajas positivas que la capitulación de Figueras y de la Seo de Urgel.

Cuando Moncey notificó lo ocurrido en Cádiz á Mina y éste supo ser verdad, después de lamentar tristemente el abandono y la ignorancia en que se le había tenido acerca de lo que pasaba, lo preparó todo para salvar á los comprometidos, firmando con Moncey una hermosa y honrosa capitulación. Los franceses entraron en Barcelona el día 4 de Noviembre, y á los pocos días Mina y demás jefes salían para la emigración. Un buque de guerra francés les llevó á Inglaterra.

Cartagena y Alicante capitularon los días 5 y 11 de Noviembre.

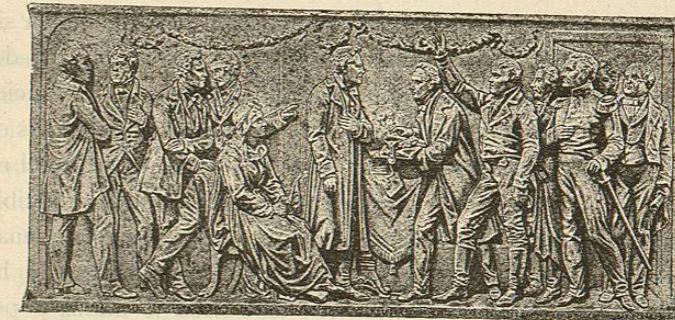
España había sucumbido como había sucumbido Italia, pero es indudable que de haber tenido España al frente de los ejércitos, destinados á hacer frente á la invasión, generales decididos como Mina, Francia hubiera creído llegado el caso de apelar á Rusia que se había comprometido á enviarle sus regimientos si ocurría un fracaso. El país se mostró hostil á la revolución desde un principio, es cierto, y sobre todo después de la defección de los moderados de Martínez de la Rosa y de Toreno, que se llevaron del partido constitucional gran parte de los elementos que le daban prestigio y autoridad en un país tan sometido á las clases privilegiadas como lo era el nuestro.

Pero, si minoría era el partido constitucional, mi-

noría era el partido absolutista. La masa del país continuaba todavía alejada de la política, deseaba las reformas, pero no quería comprometerse en pedir las, sentía aún sobre sí el peso de todos los despotismos y no se movía.

Minorías los partidos militantes, los constitucionales demostraron que eran sobrado fuertes para imponerse á los absolutistas y los tenían ya vencidos cuando la intervención vino á reanimarlos. Esta fué la obra de los franceses, levantar un cadáver; someter los vencedores á los vencidos, que éste ha sido siempre el papel que ha representado Francia en España desde los días de Dugesclín, esto es, el poner siempre los que están arriba debajo.

De haberse, pues, dejado á los constitucionales



Bajo-relieve del monumento de Thaeer, en Berlín (última obra de Rauch)

dueños del campo que habían conquistado, éstos hubieran, indudablemente, aún minados por la discordia, sometido á Fernando VII, á quien, tal vez á la postre, es cierto, le hubieran tratado con *muchísimo respeto*, como se merecía, y de seguro que ni áun la historia más parcial hubiera hablado del «rey mártir,» ni del «rey inocente,» al referirse á Fernando.

La obra de la revolución es, pues, una obra que no acaba con el triunfo de los cien mil hijos de San Luís, que fueron recibidos en París por haber tomado el Trocadero como antes recibían á los que tornaban á Viena ó á Berlín después de Wagram y Jena, y la prueba que no acaba es que sin hacer nada para restaurar sus fuerzas el absolutismo, cuando éste se presenta con toda su fealdad acaudillado por Carlos, «la inocente niña,» se ve sostenida en su cuna por los constitucionales que reaparecen triunfantes cuando todavía alienta Fernando séptimo y cuando áun tiene fuerzas para hacerles daño.

Hubieran los constitucionales desde los primeros días del año de 1820 á la primera traición de ese rey infame, reprimido sus manejos dentro y fuera de

España con firme resolución, y no pasaran de seguro los soldados del hermano de Luís XVI los Pirineos, ni los austriacos el Tessino. La Santa Alianza era muy fuerte, porque los liberales en todas partes se mostraban muy encogidos, y sino ¿qué es de la Santa Alianza al alborar 1830?

Respecto de la decadencia de los españoles, de no ser en 1823 lo que eran en 1808, sobre demostrar lo contrario la guerra en Cataluña, lo demostrará lo que les sucede á los victoriosos franceses vis á vis de Fernando VII.

Antes de que recobrara Fernando su autoridad, y desde el día en que entraron los franceses en España, tuvo España su gobierno propio, cuyos hechos interesan á la historia.

Ya hemos dicho que el barón de Eroles se había demostrado siempre partidario de que Fernando concediera á sus súbditos una Carta constitucional y que esto es lo que se deseaba en París y que á esto es á lo que entendían mandar Luís XVIII y Vilelle los llamados «cien mil hijos de San Luís,» y lo creían tanto más cuanto que en el momento mismo de declararse la guerra, el embajador francés, conde de Lagarde, llegaba á París con una carta

autógrafo de Fernando VII autorizando la formación de una nueva regencia bajo dicha base ó á tal fin.

Pero, como dice Gervinius; «Mataflorida pudo oponer á esta autorización y á esta orden una contra autorización y una contra orden, emanando de ese mismo rey que engañaba y traicionaba á la vez á sus amigos y á sus enemigos, los que le ayudaban lo mismo que los que le oprimían. En Enero había obtenido de su soberano la aprobación expresa de sus actos pasados y futuros, y además la instrucción de que considerase nulos y como no habiendo ocurrido todo lo que se le comunicase en adelante en sentido contrario.

»Mataflorida hizo más que todo esto. Denunció con gran éxito, á las potencias orientales, la manera de obrar de Francia y sus proyectos relativos á la introducción de la Carta en España. Cuando el duque de Angulema, le pidió en Tolosa, que dimitiese sus funciones, le respondió en redondo que no accedería á su deseo. El gobierno francés en vista de esta resistencia internó en Tours á Mataflorida y al arzobispo de Tarragona. Tan pronto el duque pasó el Bidasoa,—12 de Abril,—formó la llamada Junta de Oyarzum, compuesta de gentes que él reputaría más dóciles; es decir, de Eguía que ya chocheaba, de Erro, antiguo secretario de Godoy y de otra tercera persona, de Calderon, partidario del proyecto de la introducción de la Carta. Pero el rey había encontrado medio de hacer llegar hasta Eguía nuevas instrucciones, y en su consecuencia la Junta, con insolente audacia, arrojó la máscara que había tomado para demostrar su aquiescencia á los proyectos franceses, é imitando enteramente el ejemplo dado por la regencia de Urgel, proclamó el restablecimiento del estado de cosas anterior al 7 de Marzo de 1820.»

Sufrió esta afrenta el duque de Angulema creyendo poder acabar con ella tan pronto entrara en la capital, y lo que hizo desde luego la Junta de Oyarzum ya es de preveer. Llenó de hechuras suyas las juntas que inmediatamente se organizaron en toda España, pudiendo ver Angulema como se iba propagando la influencia de aquella á cada paso que daba el gobierno francés, teniendo que sufrir ese gobierno de partido que parecía surgir por sí propio, cuando no se presentaba sino en virtud de las ordenes de Oyarzum, pudiendo ya preveer lo que sería la restauración del poder absoluto, por los desmanes, atropellos y vejaciones que tenía que sufrir, pero al fin impedía que se derramara la sangre de los constitucionales y esto es lo que por de pronto debían

agradecer los españoles á los franceses que tan tea obra habían venido á llevar á cabo en la Península.

Apresuróse, pues, Angulema al llegar á Madrid,—23 de Mayo,—á crear una regencia que gobernase en nombre del rey mientras durase el cautiverio de éste, y quiso formarla con gente seria, con antiguos consejeros de los Consejos de Castilla y de las Indias. Pero estos, que de sobra sabían que Fernando VII no había de perdonarles el que se le atravesaran ni aún obedeciendo una orden de Angulema, presintiendo ó sabiendo que ya Fernando VII tendría designados á sus representantes, lo que hicieron fué recomendar á los que en efecto habían sido designados por el rey para encargarse del gobierno. De modo que Angulema que creía marchar como un conquistador, no marchaba sino como el general en jefe del ejército absolutista de España.

Entró la regencia en funciones borrando del cuadro del ejército á las tropas que habían conservado hasta el último momento el orden en Madrid y que tan dignamente habían recibido á Bessieres. Otro de sus decretos fué condenar á muerte á todos los ministros y diputados que habían acompañado al rey de Sevilla á Cádiz, y por este estilo salieron unos tras otros decretos anulando todo cuanto se había hecho desde 1820; restaurábanse los conventos suprimidos que se devolvían á las comunidades sin indemnizar á los compradores y lo mismo se disponía sobre toda clase de bienes procedentes de la desamortización; y en fin se destituía de todos los puestos á los empleados de la época constitucional, aún cuando procedieran de la anterior situación política, si bien para estos se nombró una Junta de purificación encargada de averiguar su conducta, nuevo tribunal de la Inquisición que hizo derramar acerbos lágrimas á muchas familias modestas á quienes habían conservado su pan los liberales á pesar de su procedencia realista.

Puede juzgarse por estas medidas lo que sucedería en España. Cincuenta mil compradores de bienes nacionales se vieron despojados de sus propiedades: así no es de extrañar que cuantos habían tenido relaciones financieras con el gobierno se apresuraran á salvar su dinero emigrando. Calculáronse en trescientos millones los que en esta ocasión salieron de España para el extranjero. La emigración á América fué considerable, de modo que la revolución americana se veía en el momento supremo de su crisis sostenida por los liberales españoles arrojados de su patria por el despotismo.

A tal extremo llegaron las cosas, que una comi-

sión de grandes de España se presentó á Angulema ofreciéndole organizar y sostener á su costa un cuerpo de ocho mil hombres para restablecer el orden y fundar un buen gobierno, pero Angulema tuvo que decirles que no podía intervenir en absoluto en los asuntos civiles que se habían sustraído á su dirección. No fueron, pues, imprevisores los que organizaron la expedición francesa. Sin embargo, llegaron las cosas á tal extremo, que Angulema rompiendo el círculo de sus facultades, expidió desde Andújar,—8 de Agosto,—una ordenanza contra las prisiones arbitrarias de las Juntas, pero á una se levantaron contra él los realistas armados, la regencia, los realistas franceses y el mismo Chateaubriand, y en 26 del mismo mes tuvo que cantar la palinodia publicando una interpretación de su ordenanza que la anulaba.

«Nadie en España, francés alguno de los que rodeaban al príncipe,—dice Gervinius,—comprendieron esta inconsecuencia, esta debilidad, esta hipocresía, este pudor y esta timidez del generalísimo francés que había podido reemplazar la regencia de Urgel con la Junta de Oyarzum, y ésta por la Regencia de Madrid, y que sin embargo no quería dictar á esos poderes creados por él, ni al rey más tarde por él libertado, las condiciones que el honor francés y la humanidad imperiosamente exigían.

»Verdad es que los que censuraban al príncipe no recordaban siempre hasta qué punto había atado las manos el gabinete de París al jefe del ejército, y hasta qué punto se veía reducido á la impotencia el gobierno francés por su propio partido. Muchos eran los que ignoraban la conducta de los diplomáticos extranjeros que regresaban á Madrid trabajando para impedir el establecimiento de la Carta francesa, movidos de los celos que les inspiraba el rápido triunfo de Francia. Ignorábase que Metternich excitaba al rey de Nápoles á reclamar la regencia para sí, y que más tarde,—en Julio,—insistió sobre la necesidad de reunirse de nuevo para recordar á Francia su simple papel de porta-armas de la Santa Alianza. Ignorábase que el emperador de Rusia había abiertamente expresado á la Ferronnays la desconfianza que le inspiraba el gobierno francés y su arbitraria conducta en Francia; en fin, no se sabía que los representantes de dos potencias orientales en Madrid,—Austria y Rusia,—ayudaban á atizar las pasiones de los absolutistas contra los proyectos de los franceses, procurando suscitarles cuantos más obstáculos podían.

»Tan pronto hubo el rey recobrado la libertad, su primer cuidado fué el firmar,—1.º de Octubre,—el

decreto que declaraba nulos y como no habiendo ocurrido todos los actos del gobierno constitucional, y que confirmaba todas las ordenanzas interinas de los gobiernos de Oyarzum y de Madrid. A seguida de esta publicación, y después de haber demostrado en toda ocasión y momento su disgusto al rey y á la real familia, el duque de Angulema se puso en camino para regresar á París. Esta muda advertencia parecía ser el último acto de la influencia francesa en España.

»Una reacción casi más teocrática que absolutista, de la cual rasguearemos sus hechos más salientes, se desencadenó entonces sobre España. Fué un terrorismo ejercido por levitas y zelotas eclesiásticos, que ante todo se apresuraban á renovar la funesta alianza entre el clero y el populacho, y cuyo fin no parecía otro que el de establecer el poder apostólico de Roma en España. Quería hacerse un prolegato del Papa, de ese rey á quien proclamaba el populacho «absolutamente absoluto»; la inquisición había de formar un tribunal contrarevolucionario propio para hacer todo lo que de él se pidiera; se quería hacer de España una colonia del clero, y difundir por el país á los monjes como guarniciones de una milicia romana; los voluntarios realistas habían de formar para ese partido un cuerpo de jenízaros, á fin de caer á todas horas contra la revolución y sus restos, en tanto resonaran los gritos blasfemos de amnistía, paz y concordia, ó como decía el consejero de Estado, Elizalde, en tanto viviera aún un negro, ó hubiera en España un francés. Esto era reemplazar una revolución por otra de una forma más asquerosa favoreciéndola con las armas de la hipócrita Santa Alianza; reemplazar una revolución militar, con una rebelión de bandidos; poner las armas en manos de una turba vil en vez de tenerlas los burgueses; reemplazar la democracia constitucional con una democracia de proletarios; sustituir la masonería, con una clerigalla omnipotente; reemplazar á los Hijos de Padilla, con otra sociedad secreta aún más fanática, reemplazar á ministros que obedecían al despotismo de los partidos, con nuevos consejeros todavía á él más sometidos.

»Eligióse para jefe de esta nueva manera de gobernar á Víctor Saëz, quien ¡cosa característica! reunía en su persona las funciones incompatibles de confesor del rey y de primer ministro, y quien, jactándose de ser como otro Ximénez, hacia entonces sus primeras armas como hombre de Estado. Para dar un apoyo invisible á ese nuevo orden de cosas, se había fundado la Sociedad secreta del *Ángel exterminador*, de la cual era alma el obispo de Osma,